

UN FRAILE BURGALÉS, GUERRILLERO

La guerra de la Independencia, si fué algo, fué sobre todo un auténtico levantamiento popular «pro aris et focis», por la religión y por la patria. El rey, prisionero con engaños y traiciones; la nación, ocupada so color de alianza; las instituciones políticas, subvertidas y sustituidas imperiosamente desde fuera; pero, sobre todo, la religión vilipendiada, los templos profanados, las casas religiosas ocupadas y sus comunidades dispersas, y el virus del liberalismo, quintaesencia de la revolución francesa, paseado triunfante por toda Europa, introducido en España en las mochilas de los soldados de Napoleón; he ahí los resortes que despertaron y pusieron en pie al auténtico pueblo español y lo lanzaron temerariamente a la lucha con un invasor que presentaba ejércitos numerosos y aguerridos, alentados con la victoria lograda en cien combates, y mandados por el genio de la guerra que se llamó Napoleón.

Por parte de España, el pueblo en su más preciso significado: labradores, herreros, pastores, curas de aldea, frailes de pequeños y oscuros conventos que, de la noche a la mañana, inflamados de irresistible furor patrio, se lanzan a la pelea, individualmente o en pequeños grupos, sin armas, sin disciplina, sin jefes. No puede negarse que se restaron valiosas energías al levantamiento por esta anárquica dispersión, en la que no faltaron vividores, que con el nombre sacrosanto de la Patria en peligro, intentaron cubrir sus depredaciones y su pillaje, justificando en ellos el despectivo remoquete de «brigantes» con que los franceses apellidaron a todos los heroicos guerrilleros.

En el archivo del insigne General D. Francisco Tomás de Longa, cuya biografía preparamos, hemos hallado un documento que nos pinta de cuerpo entero a uno de estos improvisados guerrilleros sin fortuna cuyo nombre no ha pasado a la Historia, La suya, con los claroscuros de la triste realidad, resulta sin embargo bien gloriosa. Es un fraile burgalés, que al ver su convento ocupado por las tropas francesas cambia el sayal por el uniforme militar. La anarquía a la sazón imperante—era el año

primero de la invasión 1808-1809 — le cortó pronto sus ilusiones militares, y después de mil aventuras y peligros, logra por fin asentar de capellán en la División del General Novales. Pero gustemos del encanto de su prosa natural y sencilla:

«Fr. Josef Diez, natural de la ciudad de Burgos, Religioso Franciscano Conventual en el de Belorado a el tiempo de la revolución y entrada de los franceses en España, etc.

Hallándome en el reposo del claustro, no sin algún deseo particular de que se me proporcionasen ocasiones de poder favorecer a mi amada Patria que se hallaba aún más oprimida que actualmente, a el fin el día 11 de noviembre del año pasado de 1808, a las cuatro de su tarde, repentinamente nos sorprendieron dos mil franceses, trescientos de caballería, que colocaron sus caballos en la iglesia y claustros, y los demás, de infantería, metiéndose en las celdas, comenzaron a hacer oprobios con los religiosos, y no pudiendo mi corazón sufrir tales bilingüendios, y escuchando los alaridos cariñosos y funestos de mi amada Patria, determiné en un todo salir a los ecos de sus clamores, y mirando que las entradas del convento estaban custodiadas por crueles centinelas no permitiendo la salida a ninguno, me tiré por una ventana que caía a la huerta, y hallando algunos enemigos en ella, me recogí en un zarzal hasta tanto que la obscuridad de la noche me hizo capa para poder salir por un cañal a el camino extraviado de una arboleda contigua, y corriendo por espacio de tres horas por una senda, pude arribar a una aldea llamada Puras, en donde pasé lo restante de la noche, y habiendo amanecido el día 12, me determiné aproximarme hacia el convento a informarme de lo acaecido en aquella noche, y hallé a dos hermanos jóvenes en el camino, quienes me informaron de todo, y al oír las crueldades que habían sufrido se enardeció más mi corazón, y sin esperar a más, me puse en camino para tomar las armas, y mi ejemplo estimuló a muchos, siguiéndome en mis primeras jornadas doce jóvenes, los más lucidos del convento, con los que después de muchos trabajos llegué a la villa de Zarzosa, en donde se hallaba el Teniente Coronel D. Blas Manuel de Loya, reuniendo individuos del estado eclesiástico, con quien me alisté bajo las banderas militares, y pasados dos meses sin operación alguna y pareciéndome que sus cortas determinaciones en nada favorecerían a la Nación, traté de dejar dicha partida, lo que verifiqué trasladándome a la de Fray Francisco Orbiso, que se intitulaba Partida de la Cruzada, alias del Capuchino, este nuevo Comandante que con más fervor que el primero miraba por la causa común hizo gran aprecio de mi, confiándome el cuidado de sus soldados, en número de 386, y tratando a los primeros días de procurar vestuario y

calzado por medio de los cortos arbitrios que había, y las armas necesarias, para poder conseguir éstas tratamos de dar un asalto al enemigo que se hallaba de guarnición en Salvatierra, en el número de 500, lo que ejecutamos sagazmente el tanto de febrero, sorprendiendo a el Comandante de la guarnición le precisamos a que mandase rendir a todos los soldados, lo que se verificó a la mayor brevedad, recogiendo todas las armas y demás utensilios de guerra, partimos con los nuevos prisioneros para la villa de Arnedillo a asegurar la presa, y a el pasar por las inmediaciones de Logroño, el Sr. Marqués de Barriolucio fué servido apropiarse no solo los prisioneros, sino lo más doloroso para nosotros, las armas y demás efectos que conduciamos; no obstante esto a los dos días tratamos hacer lo mismo con la guarnición de Calahorra, a pesar de la tibieza que los soldados manifestaban en vista de lo ocurrido con dicho Sr. Marqués, pero sin embargo pasamos a la ejecución, y habiendo entrado a las diez de la noche del día 27 de febrero, no conseguimos lo que deseábamos, ya fuese por la mucha obscuridad de la noche o por la mala dirección de quien nos guiaba para la casa del Comandante de la guarnición, que sabiendo éste de nuestra llegada, mandó hacer fuego, lo que nos obligó a retirarnos, habiendo muerto catorce enemigos y de nuestra parte tan solo dos heridos; desde aquí arribamos a el pueblo de Jubera, en donde permanecemos tres días de descanso, a el fin de éstos partimos a marchas dobles para los Arcos de Navarra, por donde teníamos noticias pasaban algunos tesoros para Pamplona, como en efecto en el día mismo de nuestra llegada hicimos presa de 62.000 reales, trece arrobas de plata, seis cargas de paños finos y cuatro de fusiles, todo escoltado de 200 enemigos que haciendo estos fuga abandonaron dichos efectos, con los mismos que partiamos para la Comisión de Arnedillo, y al pasar por la ciudad de Viana, en donde se hallaba el Sr. Comandante D. Francisco Xavier de Mina, fué servido por la fuerza de quitarnos cuanto conduciamos con solo el pretexto que había sido presa hecha en su distrito, con cuyo motivo el soldado se entibió del todo y nosotros conociendo que el fruto de nuestro trabajo era en vano, determinamos no volver a hacer diligencias de tales empresas, siendo así que las dos que habíamos hecho de nada nos habían servido, solo tratamos de retirarnos y no procurar de otra cosa más que de recoger gente y hacer fuego a el enemigo cuando la ocasión nos lo proporcionase, en efecto, de allí a pocos días determinamos sorprender a la guarnición de Alegría, distante dos leguas de Vitoria, y pasando a la ejecución, nos aproximamos a dicho pueblo, quedándonos acampados una noche a distancia de media legua, para al amanecer echarnos sobre el enemigo, lo que pusimos en ejecución, y cuando de-

bíamos hacer la primera evolución, nos vimos cercados por 800 enemigos de Vitoria, que rompiendo éstos el fuego por los cuatro costados nos precisaron a una absoluta dispersión, de la que resultó que de 386 individuos solo nos salvamos 23. Yo pude salir con seis de a caballo, con quienes me dirigí para la villa de Maestu, y al llegar a este pueblo nos sorprendieron 300 enemigos, por esta causa los dichos seis soldados me abandonaron, precisándome a huir precipitadamente al monte, e internándome en lo más espeso de él, después de una larga fuga y una cruel tempestad me valí del arbitrio del hueco de una encina pensando de permanecer allí hasta que la terrible lluvia mitigase sus furores, pero apenas disfruté de este beneficio tres minutos, cuando ocho enemigos coraceros vinieron sobre mi obligándome a tomar el caballo y salir precipitadamente de este albergue y corriendo de una parte a otra, sin saber por donde, pude al fin subir a una altura por la que me dirigí hacia la parte de Bernedo, en donde me hallé con 500 enemigos; aquí entró mi confusión, pues como era incógnito para mi, me veía en un profundo piélago de amarguras, pero sin embargo pude salvarme y poner en salvo a 40 soldados del Sr. Mina, quienes ignoraban lo acaecido aquel día y el refuerzo que acababa de entrar en el número de 11.000 que se dirigían a perseguirnos, con estos 40 soldados anduve por espacio de media hora, pues como mi caballo estaba bastante fatigado de los referidos sucesos avanzaron aquellos y a mi me dejaron solo, hasta que la proximidad de la noche me obligó a retirarme a un pueblo inmediato y el día siguiente me puse en camino para Soto de Cameros con el objeto de ponerme bajo las órdenes del Sr. D. Juan Díaz Porlier, que allí se hallaba, y al llegar al pueblo de Baldosera, distante media legua del mencionado Soto me hallé improvisamente con 900 enemigos, que me precisaron regresarme y subir a una aldea llamada Santa Marina y habiendo llegado a el alojamiento y tomado posesión de él, me sorprendieron 20 lanceros, de los que siguieron doce, y a el darme alcance tuve el arbitrio de meterme en un corral, y echándome a la sombra que hacía la puerta, que dejé abierta, se llegaron cuatro de los que me seguían y estando como dos varas de distancia de mi hablaban en su idioma y sin embargo que tal lengua nada entiendo, pude percibir la altercación de unos con otros de si había ido por allí o por el otro lado, de aqieste modo estuve por espacio de medio cuarto de hora, y empleándole en hacer actos de contrición y pedir a el Señor misericordia (como se hallaría mi corazón bien se deja conocer) después de este tiempo partieron de allí, a las voces que los otros les daban y saliendo yo del suplicio, tomé el caballo, siguiendo la dirección para en donde hallase a el Sr. Porlier, que ya iba de retirada, y a el fin

de trece días de fatiga, hizo descanso en la villa de Lumbreras, para donde me dirigí, y al pasar por el pueblo de Nieva de Cameros, me salieron a el encuentro ocho soldados españoles, con su comandante, que me mandó hacer alto, hasta informase de mi por menudo, y después de haberle referido todas las aventuras y mi estado sacerdotal, tuvo la osadía de quitarme el caballo y armas, tan solo por el motivo de no querer incorporarme con él, este fué el premio que dieron en recompensa de mis sacrificios dispensados en servicio de la patria, tales son los galardones de estos que se intitulaban defensores de la causa común, no siendo sino cuadrillas de bandoleros, bien se dejó conocer cuando no trataban de otra cosa más que de robar a el pobre pasajero y comprometer a los pueblos por donde paraban, de estos sale el título que el enemigo dice Brigantes, propio verdaderamente a semejantes malos españoles. Por último, viéndome desarmado, sin saber que determinar, me resolví el disfrazarme en traje de paisano, he aquí las calamidades de uno de los hombres más desgraciados de este mundo: de hábito franciscano a el de un soldado, de éste a el de un pobre paisano; de este modo anduve por espacio de tres semanas pasando por muchas guarniciones enemigas, no teniendo más arbitrios que solo cinco reales y medio para poder alimentarme. En unos pueblos sospechaban que era espía, en otros desertor, y en fin, no pasaba por pueblo alguno que no recibiese algunas sinrazones de esta clase, a el fin de las tres semanas arribé a la raya de Aragón y cerrándome en una ermita me mantuve de limosna, pidiendo de lugar en lugar, por espacio de cinco meses, hasta tanto que no faltó quien diese de mi a el general francés de la ciudad de Soria y pasando éste a informarse de quien yo era; a el cura párroco y Justicia de la villa de Novierca tuve que abandonar el sitio y retirarme hacia los pinares de Cuenca, en donde se hallaba la Junta de Soria, y presentándome a el Presidente de ésta D. Josef Roldán, me dió el destino de Capellán agregado del Hospital (que no había) hasta octubre, hasta tanto que pasó a la Rioja el Sr. D. Miguel Eraso, Coronel de los Reales Ejércitos, quien me hizo Capellán del segundo batallón de su mando, a cuyas órdenes estuve siete meses, hasta que tuvo la desgracia de ser desarmado por el Sr. Brigadier D. Josef Durán, por cuyo motivo me vi en la precisión de caminar al cuartel general de Potes, a ponerme a las órdenes del señor Mariscal de Campo D. Mariano de Renovales y habiéndose ausentado este jefe me puse a las del Coronel D. Andrés Marcuesta, que se hallaba Comandante General interino de la 7.^a demarcación de este ejército; cuyo señor tuvo el honor de destinarme Capellán efectivo del batallón de Cazadores de Cantabria a el mando del Sr. Teniente Coronel D. Lorenzo Herrero,

con este batallón me he hallado en treinta y dos ataques desde el día 20 de abril hasta el 28 de febrero de 811.»

Aquí termina la dramática, abigarrada y sincera hoja de servicios de este fraile guerrillero, repetida con leves variantes en centenares de casos, en la más popular de nuestras guerras.

LUIS FERNANDEZ, S. J.